La gramática del respeto: cómo la estructura del lenguaje moldea la comunicación en empresas familiares

Por Leonardo Correa Rodríguez

La forma en que nos comunicamos es la base de toda relación humana. Basta pensar en la frustración que sentimos cuando no logramos transmitir nuestras ideas, ya sea por una imposibilidad real —como una barrera idiomática o una condición de salud— o por errores en la expresión —como la falta de claridad o el uso incorrecto del lenguaje—. Una comunicación efectiva o deficiente puede marcar la diferencia entre relaciones sanas y constructivas, y vínculos deteriorados o conflictivos. En el caso de los negocios familiares, esta diferencia puede ser determinante entre la continuidad generacional y la aparición de conflictos irreparables.

En este contexto, comprender cómo el idioma moldea el estilo de diálogo cobra una relevancia profunda, especialmente al comparar formas de comunicación entre distintas culturas. Algunas sociedades son reconocidas por su alto nivel de organización y efectividad comunicativa. Si bien esto no depende únicamente de factores culturales, el lenguaje desempeña un papel clave para entender por qué ciertas culturas son percibidas como mejores comunicadoras.

Uno de los casos más ilustrativos es el de los países germanoparlantes, como Alemania y los Países Bajos, donde los verbos suelen colocarse al final de la oración en ciertas estructuras gramaticales. Aunque parezca un detalle técnico, este rasgo gramatical influye directamente en la forma en que las personas procesan el discurso: no pueden anticipar el sentido completo de una frase hasta escuchar el final. Esto obliga al oyente a practicar una escucha activa sostenida, paciente y respetuosa.

Este fascinante vínculo entre lengua y atención me lo explicó Ian, un joven mesero con alma de lingüista que conocimos recientemente en Nápoles. Ian es estudiante de lenguas, de origen italiano pero criado en Francia, con estudios en Holanda y

un novio chileno. Con naturalidad y entusiasmo, nos compartió cómo el holandés —al ubicar el verbo al final— entrena a sus hablantes a escuchar con paciencia antes de reaccionar.

Volviendo al plano organizacional, en culturas donde se espera el verbo final antes de intervenir, se construyen espacios de conversación más estructurados y deliberativos, donde los silencios y pausas son parte del proceso. En contraste, en contextos como el latino o mediterráneo —donde el verbo suele aparecer antes y el mensaje puede anticiparse rápidamente— el diálogo tiende a ser más interactivo, emocional y muchas veces superpuesto. La interrupción no siempre se percibe como una falta de respeto, sino como una forma de participación.

Cuando estos estilos de comunicación se trasladan a las mesas de discusión de una empresa familiar, los efectos son claros. Mientras unos valoran la pausa y la estructura, otros se sienten más cómodos con la espontaneidad y la expresión simultánea. Esto no implica que un estilo sea mejor que otro, pero sí resalta la importancia de ser consciente de cómo el lenguaje condiciona la forma de escuchar y debatir.

Para las empresas familiares que buscan fortalecer su gobernanza, esta reflexión ofrece una lección poderosa: implementar estructuras que fomenten la escucha activa, el respeto por los turnos de palabra y la reflexión antes de responder puede mejorar significativamente la calidad de las decisiones y reducir los malentendidos.

Más allá de la lengua que se hable, diseñar espacios deliberativos que emulen estas virtudes —como los consejos de familia, las asambleas bien moderadas o el uso de protocolos claros para las intervenciones— puede aportar al respeto, la cohesión y la perdurabilidad del proyecto familiar.

Muchas veces, las interrupciones en una conversación no buscan aportar valor, sino simplemente permitir que alguien exprese su propia idea. En esos casos, no estamos realmente conversando, sino presentando posturas de manera unidireccional. Sin embargo, en el contexto de las familias empresarias, lo que necesitamos son conversaciones genuinas, no exposiciones. Esto implica escuchar con atención, esperar a que el otro termine de hablar y responder con base en la información que se ha compartido, no solo en lo que queremos dejar registrado. Este tipo de diálogo no necesariamente resuelve controversias, pero sí abre la

puerta a conversaciones más sinceras y productivas.

Con esto no pretendo afirmar que quienes colocan el verbo al final de la oración —como ocurre en algunos idiomas— sean más estructurados o inteligentes. Lo que quiero destacar es que, si adoptamos un modelo comunicativo donde se privilegie la escucha activa y el intercambio respetuoso de ideas, los resultados serán mucho más constructivos que cuando predominan las interrupciones y la necesidad de imponer puntos de vista.

ICGE · www.icge.co · icge@gmail.com — Documento de libre descarga con fines académicos. Se permite su difusión citando la fuente.